



# Jhumpa Lahiri



© lithub.com

1

Nació en Londres, hija de inmigrantes universitarios de Calcuta, y con dos años marchó con sus padres a Estados Unidos. En alguna de sus entrevistas confiesa que vivió desde niña con cierta angustia la impresión de no pertenecer a ningún lugar. Se sentía extranjera tanto en su país de origen –cuando va en verano a Calcuta–, como entre sus compañeros y vecinos en Rhode Island (EE UU), donde ha vivido muchos años. Aunque no deja de reconocer que esta situación excepcional le proporciona como escritora una perspectiva rica en observación, comparación e introspección.

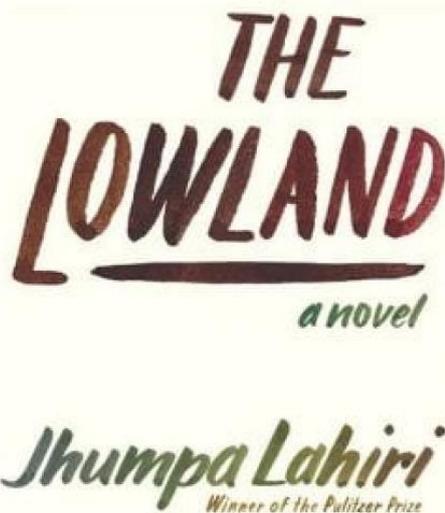
De ahí que toda su producción hasta la fecha: un libro de relatos *Intérprete de emociones*, Premio Pulitzer 2000–, y tres novelas –*El buen nombre*, *Tierra desacostumbrada* y *La hondonada*– se centre en el mismo tema con historias distintas pero semejante punto de vista. Dice ella “No creo que escriba siempre la misma historia, porque hay diferentes pulsiones y luchas en cada una de ellas. A veces es la familia, otras veces son asuntos personales.”



## "La hondonada"

Por María Simón (Revista Crítica)

Salamandra, fiel a una de sus más interesantes líneas editoriales, sigue dando a conocer obras y escritores que abordan visiones bi-culturales desde la vivencia de la inmigración.



Efectivamente J. Lahiri, inmigrante india de segunda generación, plantea en *La hondonada* los problemas de identidad y desarraigo que viven estos colectivos.

Lo curioso de Lahiri es que en ella se invierten los procesos: se dio a conocer primero con relatos cortos, y más tarde pasa a novela. Preguntada por este fenómeno ella considera que tiene más valor el relato corto, aunque entiende que hay historias que no lo permiten por su extensión.

En *La hondonada* se presenta una saga familiar ambientada en India y EE.UU. Se trata de de la historia de dos hermanos sumamente unidos y profundamente diferentes. El influjo del pequeño, Udayan, por su personalidad inquieta y atractiva, domina sobre el mayor, Subhash, más tranquilo y prudente. El mayor tiende a labrarse un futuro profesional aceptando una beca en EE.UU, mientras que el pequeño comienza a participar en un movimiento político clandestino surgido en India hacia los años sesenta, el naxalismo, de tinte maoísta.

Un trágico acontecimiento sucede y repercute sobre cada miembro de la familia cambiando trayectorias, ocasionando dolor, marcando destinos no sólo de los dos hermanos, sino de la siguiente generación. Confiesa Lahiri que se inspiró para escribir el libro en un triste suceso ocurrido en Calcuta, cerca de la casa de sus padres: "Dos hermanos estudiantes y militantes naxalistas fueron ejecutados por los paramilitares delante de sus padres." Según ella es la primera vez que incorpora la realidad –el lugar, la convulsión social y la represión gubernamental al naxalismo– como trasfondo de una obra de ficción. La autora describe con prosa cuidada, ágil y fluida los sentimientos de pesadumbre, rabia, comprensión,



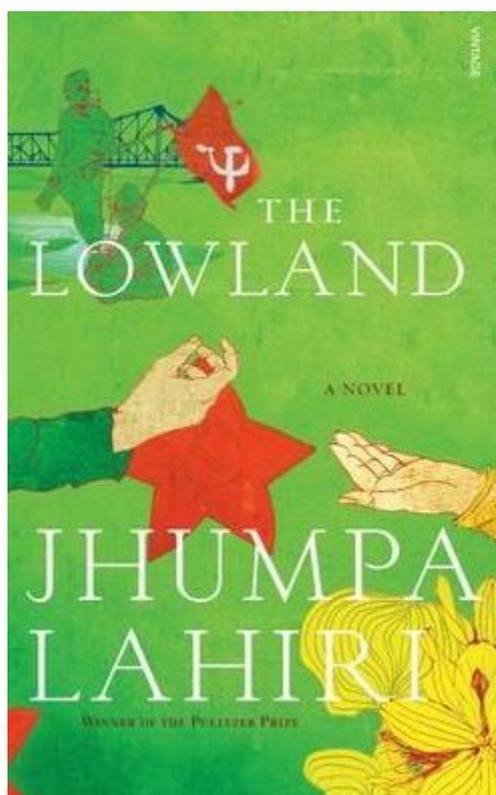
incomprensión, signos de esperanza y amor que circulan entre los distintos personajes, sus tensas interrelaciones, donde como dice la autora “vale tanto lo que se dice como lo que se calla”.

La maestría de la autora para describir la evolución psicológica de cada uno de los personajes, sus emociones, los sentimientos ocultos que les impulsan a obrar, a veces de modo desconcertante, es notable. Se agradece que junto a la nostalgia y clara tristeza que rezuma la historia, dibuje la autora finalmente motivos de esperanza que abrazan a cada uno de sus personajes.

<http://www.revista-critica.com/la-revista/actualidad-cultural/libros/374-la-hondonada>

## Compleja sencillez

Por José Luis de Juan (Revista de Libros, 2014)



En *Intérprete de emociones* había una mujer india que iba a visitar a su hija a una ciudad estadounidense. Su mayor alegría era preparar comidas muy complejas que nunca llegaban a ser como la mujer quería o esperaba, pues los ingredientes eran muy distintos a los que ella estaba acostumbrada. Se pasaba horas buscando estos ingredientes y luego jornadas enteras en una cocina extraña con un resultado nunca satisfactorio. Acabó deprimida y queriendo volver a su casa. Este cuento, incluido en el libro que le valió a Jhumpa Lahiri el premio Pulitzer del año 2000, mostraba una fértil sensibilidad para narrar el desarraigo, la facilidad con que los seres humanos ven tambalearse una identidad duramente conseguida. Algo parecido sucedía con el protagonista del cuento que daba título al volumen, el escritor de cartas (viejo oficio que

curiosamente aparece en la película futurista *Her*, sugiriendo así la intemporalidad del porvenir), que intenta salvar el puente de culturas y gustos para emocionar a los que se fueron.



## Tertulias Literarias

4

Como sabe Lahiri, el lugar y la atmósfera que vivimos en la infancia nos acompaña toda la vida. Los hay que luchan contra la impronta inicial y emprenden el camino muchas veces falso o inútil del desarraigo. Y los hay que resisten hasta el final, acunados por el plácido y terrible destino del origen. *La hondonada* trata de todo esto: de unos y otros, de los arquetipos y de la sustancia cotidiana, insoslayable, de la vida y la realidad en que se asienta. Es una novela ambiciosa, lúcida, que va más allá del realismo sucio o «histórico» (adjetivo empleado por James Wood) creado por los mejores novelistas estadounidenses de los últimos treinta años y, al mismo tiempo, es una novela que no da todo lo que promete. Una novela que logra interesarnos, conmovernos y estimularnos, pero en la que, a la postre, vemos el artificio, es decir, el maridaje tan inestable entre el arte y el oficio, entre la brillantez del misterio y la humana imperfección del trabajo.

El escenario es la hondonada, esa depresión del terreno (lowland, en inglés) que se llena de agua en un arrabal de Calcuta. En ella juegan dos hermanos, Udayan y Subhash. Y en ella morirá años después uno de ellos, perdido en una rebelión contra la injusticia y la necesidad de superar a los padres, sin haberse desprendido nunca de ellos. En cambio, el desarraigo del hermano mayor, Subhash, es más convencional, el típico del emigrante, que deja la hondonada por el océano Atlántico, la América que lo absorbe todo como un ogro insaciable: identidades y lealtades. Al otro lado del ring novelístico, están los padres y la herencia, la tradición que hay que honrar. Ellos también pertenecen a la hondonada de Tollygunge que anega el monzón, y la contemplan desde la terraza de su casa: es su mundo familiar. Allí ocurrirá la tragedia, lo irreparable, lo que rasga las vidas de todos.



Jhumpa Lahiri recibe de Barack Obama a Medalla Nacional de Humanidades 2014



## Tertulias Literarias



Impecable, simbólico escenario el que extiende ante nuestros ojos Lahiri, de auténtico teatro griego. Y el arranque es perfecto, con esos dos hermanos fascinados por el club de golf, que se cuelan allí por la noche y un policía les pilla y golpea al mayor con el palo de hierro. Quizá sea por esto, no por los ideales, sino por el orgullo herido de la infancia, por vengar a su hermano, por lo que Udayan se lanza a la lucha terrorista. Udayan, el mismo que se queda en casa y toma esposa y aparentemente se convierte en un hombre de familia, mientras su rebelión clandestina, su búsqueda de identidad a través de ella, lo consume. A Gauri, su mujer, la «vemos» bien al principio de su relación: su carácter independiente, sus intereses intelectuales, su desprecio por lo tradicional y, a la vez, su obediente sumisión al amor y sus circunstancias.

Ella llena un arquetipo, que enriquece su misma diferencia. Pero luego, tras la muerte de su marido, se desdibuja, y sin verdadera justificación, pasa a enfundarse en otro: el de madre que abandona a su hija, que desaparece con acritud, sin mirar atrás ni responsabilizarse de nada. La venganza de Gauri contra Udayan, que la utilizó y luego la abandonó al morir a manos de la policía por nada, es implacable y alcanza a todo lo que está relacionado con su marido. Este es el personaje clave de la novela y el más discutible, en términos de «realismo» sucio o histérico.

¿Por qué Guari deja al hermano, Subhash, que ha hecho el sacrificio familiar, ligado a la tradición y a la fidelidad a la hondonada, de acogerla a ella y a su bebé aún no nacido, llevarla con él a la seguridad de Providence, y así tratar de enmendar la tragedia, o de minimizar sus terribles daños? ¿Por qué ese odio, ese desapego, esa falta de instinto maternal? Guari es el único personaje de esta novela que construye su propia identidad, que se zafa de su destino. Que es capaz de secar en sus ojos y en su cerebro la hondonada. Ni el bueno de Subhash, ni sus padres ni, por supuesto, el asesinado Udayan, han podido. Pero ella sí, y esa fuerza la trasmite a su hija Bela. Por eso, demonizándola, dejando que la veamos como una bruja sin entrañas que quiere vivir su vida «como un hombre», caiga quien caiga, Lahiri la convierte en la heroína camuflada de la novela. Ahora bien, este es el lado «intelectual» de la narración, pero, ¿qué ocurre con el «emocional»? Sucede que el lector no entiende



## Tertulias Literarias

a Gauri, porque su creadora no consigue explicarla psicológicamente. No la «muestra». Quizá sea deliberado, o quizá no consigue mostrarla. Por eso, de vez en cuando, a falta de situaciones cotidianas que nos hagan verla, se ve obligada a «resumir» así las motivaciones del personaje: «Todos sus intentos fracasaban, porque no había cimientos. Con el tiempo, esa sensación fue minándola, revelando su egoísmo, su ineptitud. Su incapacidad de soportarse a sí misma». ¿Ineptitud? No: ella forja su destino, por absurdo que sea.

Desde luego, es legítimo que algún personaje de novela sea inexplicable, gratuito. A veces, incluso lo celebramos. Porque así la necesidad de verosimilitud se confirma mediante la excepción. ¿Acaso la vida no está llena de decisiones y situaciones inexplicables? Pero el problema no va por ahí. Se manifiesta en la excesiva envidia narrativa que toma un personaje plano, Subhash, que tampoco entendemos que no busque a Gauri y la haga recapacitar o reaccionar. Se hace cargo de Bela sin ser el padre, no parece tener problema alguno, cuando debería tener muchos. Tampoco es creíble que Gauri siga sola, escondida en una universidad de California. Los intentos de Lahiri de «avivarla» con flashbacks del movimiento rebelde naxalita y del papel de su marido y ella en él, irritan más que interesan al lector. Eso ya quedó atrás y la autora los utiliza artificialmente. *La hondonada* no es eso, es otra cosa: es el drama de los hermanos, el campo de golf, el policía. Drama que cristaliza con Bela, la hija de Gauri y Udayan que es adoptada como hija propia por Subhash. He aquí cómo Lahiri redondea y da relieve a la figura inexplicable y heroica de Gauri: Bela se hace a sí misma, es independiente, un personaje de arriba abajo. Y nos brinda el clímax de esta obra llena de aciertos y verdades, cuando Bela reacciona a la revelación de que su maravilloso padre no es su verdadero padre.



© nytimes.com



En definitiva, *La hondonada* es una novela de planteamiento complejo que se desarrolla de una manera sencilla, a veces arquetípica en la caracterización de los personajes. Emocionalmente cautivante, también en lo intelectual. Podría habernos ahorrado las codas finales, que restan intensidad a una historia bien trabada en general. Lahiri podría haber explicado mejor a Gauri, si bien en ella reside la fuerza y la resonancia de esta novela que busca de una manera original el equilibrio entre el yin y el yan, entre lo masculino y lo femenino. Gauri y Bela forman un equipo de inescrutables renunciadas que todas las acciones buenas o moralmente cuestionables de Subhash y Udayan no logran superar. Robert Graves dice en un poema que el hombre «hace» y la mujer «es». Y el «ser», como sabemos, es siempre un enigma que se desvela mediante meras aproximaciones. Jhumpa Lahiri, auténtica intérprete de emociones, ha intentado acercarse con valentía a uno de sus flancos.

<https://www.revistadelibros.com/resena-de-la-hondonada>

## Las heridas que somos

Por Francisco Camro (Europa Sur, 2014)

Más que como un libro, recordamos *Tierra desacostumbrada* como un lugar al que volver, una de esas obras hondas, delicadas y bellísimas que se hacen, de tanto en tanto, un sitio en la memoria y el corazón. Con esas expectativas -inevitables- abrimos la nueva obra de Jhumpa Lahiri, y ya dejó dicho algún gigante francés del XIX, ahora no recordamos cuál de ellos, que el gran problema de la vida son precisamente las expectativas. No lo es exactamente en el caso de *La hondonada*: cerrada la novela hace un par de semanas, sabemos ahora, no tanto entonces, que los personajes han vuelto a dejar un poso, como si los hubiéramos conocido mucho más allá de la textura de las páginas de papel que se pasan y luego se olvidan ; aunque perdura también la sensación de que la propia estructura de la novela, que a ratos se hace algo rígida, estrecha un tanto la escritura de Lahiri.

Nacida en Londres en 1967 pero de nacionalidad estadounidense y afincada en la actualidad en Italia, la escritora forma parte de esa comunidad errante o de raíces desdibujadas de descendientes de la clase media de la India que en los años 50 y 60 encontraron una oportunidad para vivir una vida menos sufrida en las



## Tertulias Literarias



universidades del mundo anglosajón. Y esa es la realidad, y esa es la clase de personas, sin más aspavientos, siempre atenta a la sutil y compleja textura de la vida cotidiana, de las que habla siempre esta escritora sobria y elegante, dotada de un talento extraordinario para cartografiar con una precisión tan intensa como contenida los sentimientos, los estados de ánimo, los vínculos entre las personas y sus zonas de sombra, materiales que maneja con una delicadeza conmovedora y extrema, como si estuvieran siempre -porque en parte sí que lo están- al borde de quebrarse o en trance de convertirse en otra cosa.

En *La hondonada*, que designa a un tiempo un espacio físico -el del barrio pobre en las afueras de Calcuta donde arranca la historia- y sobre todo uno sentimental -el de una infancia precaria pero feliz, cuando el mundo era todavía tan sólo un contorno borroso al fondo, y no el escenario a veces angustiosamente acotado que se revelará en la madurez-, Lahiri vuelve a sus

temas predilectos: la identidad, que es siempre, porque no podría ser de otra forma, un asunto delicado, y el desarraigo, que probablemente sea la punzada que provoca que en sus páginas, hasta en las que reflejan esos inexplicables raptos de plenitud cuando la vida (nos) sonrío, se detecte un rumor subterráneo de serenidad y melancolía.

¿De qué tratan sus libros, de qué éste en particular? De cómo nos construimos, en ocasiones con la ayuda de los demás, en otras por oposición a ellos, de cómo, en última instancia, es el roce con las personas que nos rodean lo que completa cuanto somos o acabamos siendo: una de las muchas personas que podríamos haber sido; y al cabo de ese proceso, de esa negociación permanente con el mundo y con quienes nos rodean, acabamos aceptando esa versión de nosotros mismos, una versión en la que, con suerte, lucimos favorecidos. Esto lo cuenta ella a través de la



## Tertulias Literarias

historia de dos hermanos cuyas virtudes, en armónica síntesis, podrían haber alumbrado una persona casi perfecta. "Le había tapado un ojo y luego el otro para que lo comprobara por sí misma", escribe Lahiri en un pasaje del libro en el que un hombre explica a su hija, mientras ésta lo mira fijamente, cómo funciona la visión humana: "Para que viera cómo entonces la imagen de él se doblaba y desplazaba hacia un lado y el otro. Le había dicho que el cerebro unía las dos imágenes. Hacía coincidir lo que era igual y añadía lo que era diferente. Mejoraba las dos".

Pero en este caso son dos hermano, no uno, y tanto el mayor -bueno y justo en el sentido machadiano, prudente, temeroso de no ser querido, de no estar a la altura, de ser observador y no protagonista de su propia vida, embarcado en su nueva vida en Estados Unidos- como el menor -rebelde, valiente, alegre, ferozmente vitalista, finalmente varado en su barrio miserable-, ambos brillantes e inteligentes e hiperconscientes de su indestructible amor recíproco, vivirán en la imperfección y conocerán a fondo la insatisfacción, el dolor, la frustración, decepciones que no cicatrizan, responsabilidades que aplastan contra el suelo, y por encima de todo, después de un trágico suceso que determinará irremediabilmente sus vidas, encontrarán otro nexo, éste inesperado: una misma mujer, aunque dos maneras muy diferentes de amarla.

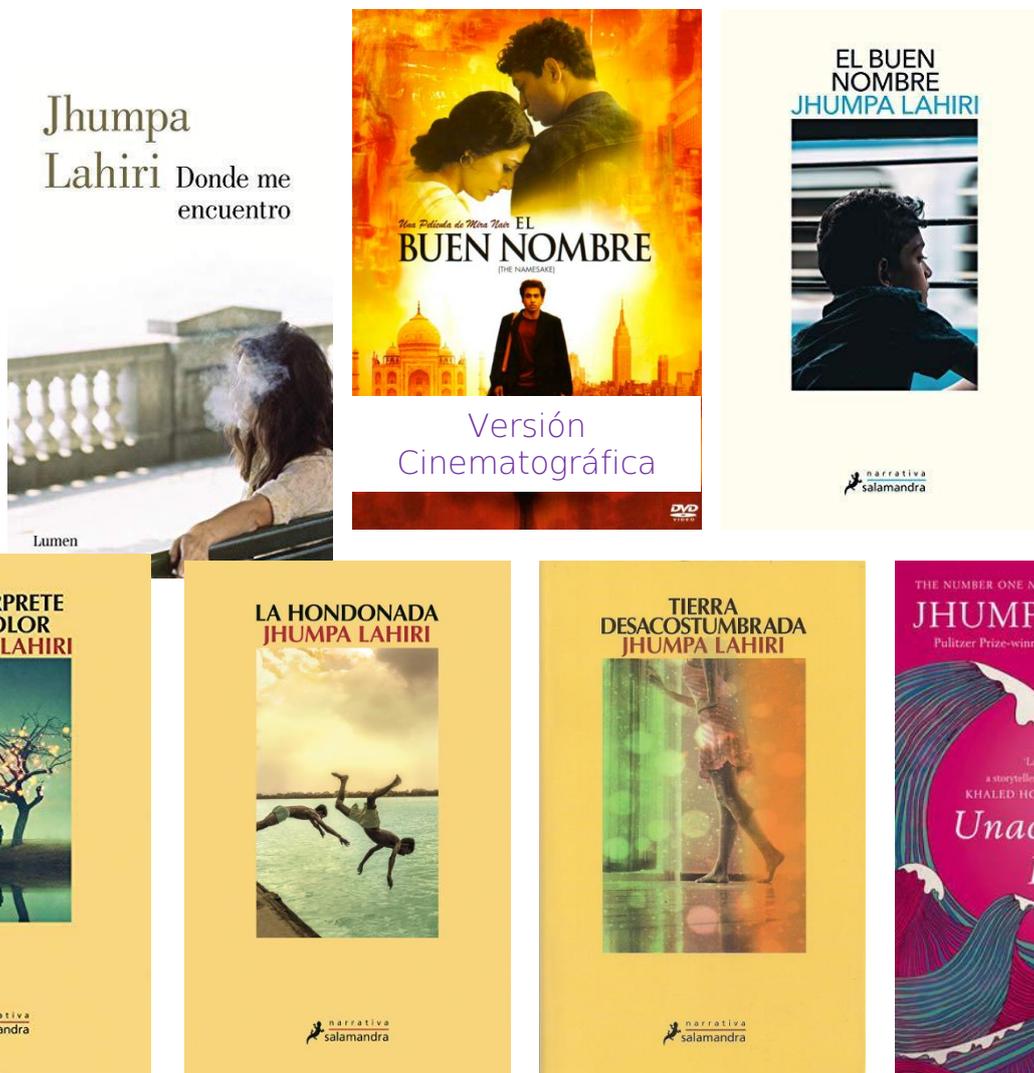
Conviene -aunque no importe: no es el qué, sino el cómo, siempre- no desvelar más detalles de la trama. En otras manos, esta historia podría haber sido un folletín, un vulgar melodrama. Pero, de nuevo, no es el caso. Para la autora, escribir es darle un ritmo hermoso y sutil a la vida, y en cada página, en cada párrafo, está su respiración. Si somos lo que recordamos, Lahiri nos lo confirma de una forma especialmente hermosa.

[https://www.europasur.es/ocio/heridas\\_0\\_795520636.html](https://www.europasur.es/ocio/heridas_0_795520636.html)



# Tertulias Literarias

## Obras de Jhumpa Lahiri nas Bibliotecas de Oleiros



\*O copyright das imaxes utilizadas pertence aos/ás seus/súas respectivos/as autores/as

